

bién que su padre no era dichoso; su vida solitaria había extendido sobre sus pensamientos un velo de tristeza; no había jamás gustado de los placeres vanidosos del mundo, y le hubieran sido precisos el hogar, y en él la vida y el movimiento que no quería buscar en otra parte. Durante mucho tiempo, su madre, inteligente y activa, había impreso á su existencia, á su conversación misma una animación saludable; mas ahora, vivía concentrada en sí misma, y sus fuerzas bastaban apenas á la resignación. El bienestar material de León, al que madama de Villiers había consagrado su existencia, no existía ya; en medio de la abundancia vivía olvidado, desde que la mirada atenta de una mujer no velaba por él: no se quejaba jamás, pero Julia adivinaba, y á sus penas secretas se unía el peso de las de todos los que amaba.

— ¡Si yo pudiera quedarme aquí, — decía para sí, — sería útil á mi pobre padre y á mi abuela; pero Jorge volverá y me verá ya sin placer... y además, mamá me espera allá... ¡Oh, Dios mío, que difícil y que doloroso es partir el corazón!...

## XIII.

Los diez y ocho años.

*Hay un yugo para todos los hijos de Adam,* dice la Escritura. Julia empezaba á comprenderlo; los pasajes melancólicos que hallaba en sus libros y los gemidos elocuentes de los salmos hallaban un eco en su alma.

Alegre, complaciente, activa en el exterior, guardaba para la soledad de su cuarto, ó para el aislamiento de la iglesia, un depósito de lágrimas que salían gota á gota de su corazón oprimido.

¿Por qué lloraba?

No hubiera podido decirlo ella misma, porque no se creía ofendida ni engañada; solo en su último viaje á Caen, una secreta amargura se mezclaba á su vida, y sin que ella quisiese exaltar su imaginación sentía inclinación hacia las cosas tristes.

Involuntariamente pensaba en todos los motivos de pena que se reunían alrededor suyo; el aislamiento de su padre y de su madre tan tiernamente amados, las enfermedades y la edad que pesaban sobre su abuela; y en fin, Jorge que iba á alejarse, á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

crear una nueva familia, á ser indiferente para ella.

— Se casará con Isabel y no le veremos más, — decía para sí algunas veces, — Yo creía tener un verdadero hermano, y no es así.

Si estas ideas oprimían su alma y le causaban una pena desconocida hasta entonces, sin embargo, la fe y la religión las combatían victoriosamente. La piedad guarda las almas virginales, como el querubín guarda las puertas del Eden, aleja los malos pensamientos, endulza la melancolía, hermana de la debilidad, prohíbe el pensar demasiado en sí mismo, prohíbe las miradas inquietas enviadas al porvenir, hace descender la paz, la sumisión, el abandono en las manos de Dios, é impide que el dolor se vuelva un peligro y la desgracia una tentación. Julia sufría porque estaba herida en un recuerdo íntimo y querido; pero la lectura de novelas absurdas no le había enseñado á aumentar sus penas, la oración, suspiro filial de su corazón, que iba hacia á Dios, la calmaba, la dirección paternal de un santo sacerdote moderaba las demasiado vivas impresiones de su alma y le enseñaba ese desprendimiento cristiano que sin quitar nada al deber, quita mucho al dolor; en fin, si conocía el yugo de la cruz del Evangelio, la llevaba con sumisión y con un consuelo eterno ante sus ojos.

Carolina se había apercibido, no obstante, de que ya no tenía su hija la serenidad

profunda de otro tiempo. La mirada de una madre es la del alcón; nada escapa á esos ojos que conocen tan bien el semblante del ser amado; un estremecimiento de las cejas, una sonrisa resignada, un débil velo de palidez, lo que es nada para los indiferentes, una madre lo ve, lo adivina, y por más que Julia procuró disimular, la careta de alegría que ponía ante su lindo rostro fue penetrada por los ojos maternos.

— ¡Esta niña me inquieta! — dijo un día á la señorita de la Rochette. — Ya no me parece dichosa... hace las mismas cosas, es activa como siempre, ríe, canta, su lenguaje es dulce como lo ha sido toda su vida; pero algunas veces, cuando cree que nadie la observa, queda inmóvil, pensativa... un escultor podría copiar de su actitud y de su rostro el ángel del dolor. Algunas mañanas se levanta pálida como una rosa blanca... Y ya lo sabéis, amiga mía, la palidez de las mejillas en las niñas, es el efecto del insomnio de la noche. Otras veces la veo los ojos encarnados al volver de la iglesia, como si allí llorase... ¿Qué sucede?

— Está preocupada pensando en su padre y su abuela, querida Carolina, la situación de aquellos seres que tanto ama es triste en efecto.

— Sin duda, pero no es nueva, yo me figuro más bien que Julia empieza á sentir, y cada día más, lo que nuestra situación tiene para todos de falsa y de penosa; estoy segura de que mi pobre hija siente en medio

de sus amigas ese encogimiento doloroso que yo misma he sentido tantas veces, ¡es una grande amargura!

La señorita Esther guardó silencio, sabía que Julia, niña todavía, había sufrido ya estas humillaciones. Madama de Villiers continuó:

—Pronto tendrá diez y siete años; es buena, amable, encantadora y rica... quizá si yo la casara, nuevos intereses, una nueva familia también, y más tarde los hijos, disiparían esa tristeza que tanto me inquieta.

—¿Os separaríais de esta niña, mi amada Carolina?

—¡Oh, Dios mío, con indecible pena, con el corazón desgarrado! Pero, ¿qué no haría yo por verla dichosa? Algunas veces pienso en ese joven, en Felipe, de quien me habéis hablado algunas veces.

—¿Y pensará él también?

—Tengo esa convicción; su padre me ha hablado en ese sentido y Margarita adelantó conmigo todo lo posible en los negocios de su hermano.

—Es una unión que ofrece grandes ventajas, Carolina; porque Julia quedaría á vuestro lado, y ese joven tiene una fortuna regular, además de ser agradable su persona.

—En efecto...—respondió Carolina pensativa;—pero, ¿cómo le encuentra Julia? ¿le agrada? ¿qué os parece?

—Hablando francamente, creo que Julia hasta ahora no ha concedido ni un pensamiento á Felipe.

Esta aserción de una persona observadora no causó ninguna pena á Carolina; era demasiado madre para desear que su hija tuviera el corazón en otra parte; y sin embargo, una justa inquietud para el porvenir le hacía desear que esa hija tan amada tuviese un protector, un amigo, una familia.

Felipe le convenía por muchos conceptos, y sin pensar aún sobre la voluntad de Julia, seguía recibiendo cariñosamente á Margarita, la que, por su parte, continuaba sirviendo eficazmente los intereses de su hermano. La sagaz joven ponía diestramente ante los ojos de Carolina los talentos de Felipe y lo bien acogido que era en los salones de Angeres; le repetía sus rasgos de ingenio, elogiaba su elegancia, sus conocimientos, le citaba como notario ya esperto; llevaba en su nombre á madama Villiers las primeras violetas, y á Julia la música, los libros y los grabados que pedía para ella á París.

Julia no estaba más advertida que antes y veía en ese inocente manejo una prueba de la buena amistad de Margarita, pagando al pequeño Claudio, su favorito, en besos y en juguetes las atenciones de sus hermanos mayores.

Las cartas de León, frecuentes y tiernas, hablaban poco de Jorge; no obstante, mencionó su último examen de Derecho, sufrido con brillantez, y en el mes de febrero escribió á su hija lo que sigue:

*Creo que sabrás con placer, Julia mía, que*

*Jorge ha tenido en el tribunal dos ruidosos triunfos en dos defensas difícilísimas que ha hecho; tu abuela asegura que este joven abogado va á ser peligroso para la sociedad: á una figura muy bella reúne una buena fortuna y un porvenir más bello aún. Mi antiguo amigo el célebre abogado Descombes, á cuyo lado ha practicado, le protege mucho y va á cederle su gabinete.*

Julia inclinó la cabeza para ocultar dos lágrimas; estas dos últimas líneas le parecían decisivas; un mes antes, á principio del año, Jorge había escrito según su costumbre á madama de Villiers, rogándola que entregase á Julia una caja de dulces y un libro que le remitía como recuerdo habitual de su amistad, y al final de la carta había añadido estas líneas:

*La señorita Isabel Descombes me ruega que la recuerde al afecto de Julia: ambas se han visto algunas veces, pues la familia de aquella tiene relaciones de amistad desde hace muchos años con la de Villiers; la señorita Isabel se acuerda mucho de Julia y desea volver á verla.*

—¡Desea que yo ame á esa mujer!—dijo para sí Julia.—Pues bien; ¡trataré de hacerlo! ¡sería muy injusto no amar á la que le hará dichoso!

Mas al formar esa generosa resolución una lágrima cayó sobre las páginas de Fabiola, presente de Jorge, y le pareció que este li-

bro piadoso, austero, elevado, había sido escogido á propósito para consolarla.

—Es la Providencia divina que me lo envía,—decía al leerlo,—¡cómo no tener valor, habiendo conocido aquí á Inés y á Cecilia!

El año pasó así: los años pasan demasiado fugitivos en la dicha, y rápidos aún en medio de las penas; las nubes blancas ó negras se deslizan igualmente sobre el fondo inmutable de los cielos; el año pasó sin que Margarita hubiera adelantado terreno, y decidida al fin á un esfuerzo decisivo, dijo á su amiga la vispera de su partida para Caen.

—Tengo que hablarte seriamente cuando vuelvas de tu Normandía.

—Háblame ahora mismo,—dijo riendo Julia.

—¡Imposible! Sólo piensas ahora en tu viaje; esperaré.

—¡Pues bien! abrázame otra vez y dí á Claudio que le traeré conchas y caracoles marinos, porque papá me ha prometido llevarme á ver el mar.

—¡Vuelve lo más pronto posible, Julia!

## XIV

## Bajo los árboles

El primer rostro que Julia vió á su llegada á Caen, fue el de Jorge, que abrió la portezuela del coche cuando se detuvo al pie de la gran escalera de la casa. A primera vista creyó hallarse al Jorge de otras veces; dióle la mano para bajar del carruaje, se la estrechó con ternura y mirándola con ojos, en cuyo fondo residía su alma entera, exclamó:

—¡Mi buena Julia! ¡qué alegría siento al volver á veros! Venid pronto, porque madama de Villiers viene á recibirnos...

—¿Mi abuela anda? ¿y sola?

—Completamente sola.

—¡Oh! ¡qué buena noticia!

Y el amante corazón de Julia pareció que se despojaba de toda su tristeza. Llena de alegría, corrió hacia la casa: su padre la recibió en sus brazos en la escalera; madama Villiers venía por el fondo de la galería, andando con paso lento, pero seguro, y llamaba: ¡Julia! con el acento de la alegría; aquella corrió hacia ella, la abrazó mil veces y cuando se vió en el salón, cuando vió á las

tres únicamente ocupadas en ella, profundamente dichosos de hallarla de nuevo, sintió que el pasado dolor huía á vuelo de pájaro.

Los primeros días fueron hermosos y apacibles; parecía que los días serenos de la infancia habían vuelto para Julia: su padre estaba contento; su abuela, familiarizada con las tinieblas, las desafiaba á fuerza de destreza y de presencia de espíritu; había adquirido la seguridad, la prudencia, la fineza de tacto de que tan orgullosos están los ciegos, y su piedad, que se había hecho más íntima, más interior, imprimía á todas sus palabras un carácter apacible y casi satisfecho.

Jorge era tan afectuoso como siempre: manifestaba á monsieur de Villiers una amable deferencia: á la anciana señora una complacencia, un respeto, unas atenciones sin límites: únicamente había en él un cambio respecto á Julia: parecía observarla profundamente y se complacía en preguntarle y hacerle hablar de su vida en Angeres: ella se prestaba con suma complacencia y le hablaba tanto como él quería de mademoiselle Esther, de Margarita, del pequeño Claudio, y hasta de Felipe, cuando llegaba la ocasión. ¡Pobre Felipe!

Los dos jóvenes animaban con su alegría y su dulce conversación las comidas y las veladas: ni monsieur de Villiers ni Jorge salían de casa: el último acompañaba á Julia, que cantaba deliciosamente, ó bien la joven tocaba al piano la música que su abue-

la prefería: se dibujaba un rato, se leía, se hablaba, se tomaba té, se discutía sobre arte, se miraban los libros y grabados nuevos que cada día mandaban traer monsieur de Villiers y Jorge, de París, para Julia: y ésta lo explicaba todo á su abuela con una paciencia, una dulzura y una gracia que para nada echaban de menos sus ojos.

Julia se hallaba en Caen hacia quince días y había recobrado todas sus prerrogativas de ama de casa: una mañana, con una cestilla colgada del brazo, seguía á lo largo de las tapias del jardín, por las calles donde tanto había jugado siendo niña; deteníase ante los árboles cargados de melocotones, pintados de carmín y de albaricoques dorados, y albaricoques y melocotones pasaban á su cestillo. Hallábase tan absorta en su tarea, que su padre y Jorge llegaron á su lado sin que ella los oyese, hasta que León estampó un beso en su mejilla.

—¡Mirad que lindo postre!—dijo,—y además tengo ya en el aparador higos y moras; á mi abuelita le gustan mucho; vos, Jorge, tenéis hoy el asado que os agrada, pues Anselmo ha traído perdices, y para vos, papa, estoy haciendo un puding, que otras veces habéis alabado mucho.

—Eres mil veces buena y complaciente,—dijo León, abrazándola con ternura.—Pero Julia, aquí está Jorge, que desea hablarte; concédele un rato de conversación, y piensa que lo que va á decirte, tiene la aprobación de mi madre y la mía.

Volvió á abrazarla, estrechó la mano de Jorge, y se alejó.

Solos ya los dos jóvenes, parecían igualmente tímidos y no osaban mirarse.

—¿Queréis venir al cenador, Julia?—dijo al fin Jorge;—os sentaréis y estaremos más tranquilos.

Julia dejó su cestillo bajo un árbol; aceptó el brazo que Jorge la ofrecía, y éste la condujo á un cenador situado en el fondo del jardín.

Ambos formaban una pareja encantadora. Jorge, alto, esbelto, ligeramente moreno, tenía una belleza completamente varonil é inteligente: sus hermosos cabellos negros se rizaban con profusión; su barba negra y rizada era sedosa y fina; grandes ojos negros alumbraban aquel hermoso y expresivo rostro, al que prestaban extraordinaria nobleza, una nariz recta y aguileña y una boca delicada y soñadora, no menos que su elevada frente.

Julia era de estatura mediana, delgada y elegante: su figura tenía un sello poético é ideal, producto de su inocente vida y heredado de la gracia virginal y púdica de su bella y aristocrática madre; su rostro, ovalado, con un encanto infinito, tenía el colorido de una blanca camelia; su cabellera, de un castaño dorado y naturalmente ondulado, caía por su espalda, partida en dos largas y espesas trenzas, costumbre que aún conservaba de su cercana infancia; sus ojos, grandes, rasgados y dulces, eran de un azul in-

tenso, como el fondo de un lago y limpidos como él; largas pestañas, oscuras como sus delicadas cejas, les daban una expresión de sensibilidad infinita; su boca, de coral-rosa, estaba guarnecida de dos sartas de perlas muy pequeñas; sus manos, de marfil, eran delgadas y finas hasta el ideal y sus pies ostentaban la misma exquisita distinción: su pura frente, su delicada nariz, su barbilla adornada de un oyuelo, la posición algo inclinada de su cabeza, que parecía abrumada por el peso de su cabellera, su esbelto talle, su melodiosa voz y su dulcísimo lenguaje, hacían de Julia de Villiers un sér encantador que robaba el alma, y á quien era imposible no adorar.

El cenador, adónde llegaron en breve, lo formaban saucos, glicinas y madreselvas; las clématidas, una parra y algunas ramas de yedra lo sombreaban además con sus espesas cabelleras. Dos espinos silvestres, cubiertos de rojos racimos, guardaban la entrada; algunas sillas rústicas estaban colocadas en el fondo, alrededor de una mesa en que se cenaba en las noches del estío.

Los jóvenes se sentaron. Jorge estrechó de nuevo en silencio la mano de Julia, que había guardado entre las suyas.

—Julia, —le dijo, —¿queréis escucharme?

—¡Pues que papá lo ha dicho!... —respondió sonriendo.

—Mi querida Julia, ¿sabéis cuánto os amo? Sois mi amiga, mi compañera de infancia... no he olvidado jamás que á la muer-

te de mi padre me consolasteis con vuestra simpatía y vuestra bondad: nada veo de tan amable como vos sobre la tierra...

La niña se ruborizó; inclinó los grandes ojos hacia los pliegues que formaba en el suelo su largo peinador blanco, y dijo sonriendo:

—¿Ni aun la señorita Isabel?

—¡Isabel! ¿Quién es Isabel? ¡Ah, Julia! Solo he pensado en ella cuando me hablaba de vos. ¡Estáis unida á todos mis recuerdos, á mis pensamientos más nobles! Cuando yo tenía á gloria el sér cristiano, en medio de mis descreídos compañeros, vos erais quien me sosteniais! ¡Cuando trabajaba, cuando estudiaba, cuando he defendido en el tribunal, quería que estuvierais orgullosa de vuestro amigo! ¡Un solo momento he dudado de vos! El año último, cuando ví los versos que un monsieur Felipe habia escrito para vos!... ¡ah! ¡qué desgraciado me creía! Partí sin veros, porque me imaginaba que estabais prometida á otro. Se han necesitado un año y las buenas palabras de vuestro padre para tranquilizarme, y luego, al veros, al hablaros, el resto de duda que me atormentaba ha desaparecido al fin de mi alma... ¿No habéis amado jamás á Felipe, no es verdad, Julia?

Sacudió la joven su peregrina cabeza, y dijo sorprendida:

—¡Felipe! ¡mi primo Felipe! ¡si no he pensado jamás en él!

—Pero en mí, Julia, en vuestro amigo,

vuestro confidente, en mí, que os conozco, que os amo, ¿habéis pensado alguna vez? ¿Queréis ser mi esposa? ¡Seremos tan dichosos! ¡Os amaré tanto, Julia mía! ¡Jamás nos separaremos de vuestro padre; si queréis, habitaremos en esta gran casa, que se volverá alegre y animada!... ¡Vuestro padre y madama de Villiers son tan dichosos, pensando en este porvenir! Iremos frecuentemente á Angeres á ver á vuestra madre... ¡Pero, hablad, mi adorada Julia! Decidme, ¡oh, sí! decidme con vuestra dulce voz: ¡*Acepto!*

Jorge, estrechando apasionadamente la mano de la joven, que tenía entre las suyas, buscó su mirada, que durante un instante había reflejado una alegría suprema. Pero Julia se había vuelto muy pálida y sus ojos se hallaban inclinados hacia el suelo; Jorge insistió amorosamente: Julia alzó por fin la cabeza, le miró con una dulzura infinita, y le dijo:

—¡Mi querido Jorge, permitidme dar la respuesta á mi padre: él os la transmitirá!...

—Así sea, pues que lo queréis, Julia,—respondió el joven, pensando que obedecía sólo á una timidez infantil:—mi tutor está en su gabinete. Iré á buscarle.

Julia le hizo una señal de despedida y volvió á entrar en la sala: Jorge la siguió con la vista, hasta que desapareció el último pliegue de su traje blanco.

A la puerta del gabinete de su padre, la joven se detuvo, alzó al cielo los ojos, é hizo

la señal de la cruz. Después abrió la puerta.

León se paseaba con aire gozoso: al ver á su hija, la tomó la mano, se sentó y la puso sobre sus rodillas.

—Habla, hija mía,—le dijo;—¿ha recibido mi pupilo una acogida favorable? Siempre esperé que esa amistad de la infancia acabaría por un feliz matrimonio, y te doy á Jorge con alegría, porque es el hombre más digno de tí que conozco: has dicho sí, ¿no es verdad?

—No, padre mío,—dijo Julia con dulce firmeza:—nada he contestado á Jorge y vengo á deciros que no me casaré con él.

—¿Que no te casarás con él!... Pero, ¿has reflexionado en lo que pierdes? ¡Hablas con mucha ligereza, hija mía! Jorge es un partido excelente y que te conviene más que otro ninguno... Te ama con el alma y tú eres el primero y único amor de su vida: su porvenir es el más hermoso.

—Sí, padre mío,—repuso Julia con voz quebrantada,—sé todo lo que pierdo; pero no me casaré con Jorge, porque no puedo ni quiero separarme de mi madre.

León tembló al oír esas palabras; una sorda cólera se levantó en su alma, al ver el recuerdo y el nombre de su mujer destruir un proyecto que él había acariciado tantas veces.

—¿Te ha prohibido tu madre que te cases?—preguntó amargamente.

—No,—contestó Julia,—mi madre no se opondrá jamás á lo que puede hacerme fe-



liz... Yo, por mi plena voluntad y obligada por el amor que le profeso, no quiero dejarla sola y triste; eso sería pagar muy mal su ternura, esa ternura que ha velado siempre sobre mí! ¡He resuelto no dejarla jamás!

—¿De modo que te casarás en Angeres y según temo, en la familia de tu madre?— exclamó León levantándose con aire irritado y alejándose un paso de su hija.

—No, padre mío, yo no me casaré jamás; casarme en Angeres sería fijarme lejos de vos y rechazo esta idea, tanto como la que me alejaría de mi madre.

Esa respuesta tan dulce y tan noble hizo desaparecer la cólera de León; sentóse de nuevo, atrajo á su hija hacia sí, y volviendo á colocarla en sus rodillas, apoyó la cabeza de Julia en su pecho y besó su frente y sus cabellos.

—Eres una niña exaltada,—dijo,—pero en la vida es forzoso guiarse por la razón y no por el entusiasmo; ¿no sabes, amor mío, que el destino de la mujer es seguir á su marido y dejar por él á su padre y á su madre?

—Ya lo sé; pero el padre y la madre se quedan juntos y se sostienen y se acompañan mutuamente. ¿Quién sostendría á mi pobre madre si yo me estableciese en Caen para siempre? Y á vos, papá, ¿quién os consolaría si yo no dejase más el Anjou?

León besó á su hija de nuevo.

—Eso es fácil de arreglar,—dijo,—irías á ver á tu madre con frecuencia; ella vendría

á verte á Caen... podría acercarse á tí, porque al fin nada le retiene en Angeres...

Julia movió la cabeza.

—Eso no bastaría á su ternura,—dijo;—papá, no conocéis á mi madre.

León apartó á su hija suavemente, levantóse y sin responder á ese reproche involuntario, se puso á pasear por la estancia, buscando una solución á la dificultad, y no hallando más que una, ante la cual retrocedía, volvió hacia Julia, la tomó las dos manos y le dijo:

—Y si tu madre y yo no estuviéramos en una posición excepcional, si tu madre estuviera conmigo, ¿acceptarías á Jorge?

La joven alzó hacia León su dulce y límpida mirada y dijo:

—Sí, padre mío.

—¿Sin pena?

—¡Con inmensa alegría!

—¿Le amas?

—¡Le amo!

Julia hizo esa afirmación en voz baja, y dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas atestiguaron la verdad de su confesión: su padre hirió el suelo con el pie y exclamó:

—¡Pues cástate con él! ¿Quién te lo impide?

—¡Mi deber, mi conciencia, mi corazón! ¡Todos os habéis olvidado de mi madre al pensar en mi dicha! ¡Es preciso que yo mire por ella!

Monsieur de Villiers insistió largo rato,

más sus objeciones y ruegos fueron inútiles: todo se estrelló ante la firmeza de Julia, y no obstante esa firmeza era muy dolorosa para ella y al cumplir el sacrificio, no ocultaba lo doloroso que le parecía.

Desesperado de convencerla, su padre bajo al jardín á buscar á Jorge, y ambos fueron á la habitación de madama de Villiers, á la que esos proyectos de matrimonio habían alegrado y rejuvenecido; los tres tuvieron una larga conferencia, que terminó con estas palabras de la abuela:

—Reflexiona aún hasta mañana, hijo mío; pero puedes estar seguro de que el partido que te propongo es el único bueno para ella y para tí.

Aquel día se comió poco; desde la mesa, en vez de reunirse en el salón, cada uno se retiró á su cuarto; Jorge dió el brazo hasta su habitación á madama de Villiers, según su costumbre, y al despedirse de él, la anciana señora le estrechó afectuosamente la mano.

Apenas la aurora envió su primera luz, León, que no se había acostado, fue al cuarto de su madre, y después de una larga conversación, mandaron llamar á Julia.

Esta estaba muy pálida; sus grandes ojos abatidos se hallaban rodeados de círculos oscuros. León fue á recibirla, y al tomarla la mano se estremeció, pues la halló abrazando. Julia tenía fiebre y su padre comprendió que aquella delicada flor no podría acaso resistir al huracán del dolor.

—Mi querida hija,—le dijo,—dentro de una hora salgo de Caen y voy á defender ante tu madre mi causa y la tuya: ¿me comprendes?

Julia se estremeció, aumentóse su palidez y después el carmín vistió su blanca frente y sus mejillas; temía haber entendido mal, y tan cerca del término del deseo de toda su vida, no podía creerse escuchada por el cielo.

¡Padre!... ¡Oh, padre mío!—exclamó temblando,—¿sería eso posible?

—¡La haces llorar, León!—dijo madama de Villiers atrayéndola hacia sí,—ven Julia, ven á mi lado, yo te lo diré todo; tu padre parte para Angeres con Jorge; va en mi nombre ¿lo oyes? en mi nombre, á rogar á tu madre que recobre su sitio en nuestra casa; el pasado no existe, si ella consiente empezar como otra existencia; ¿qué te parece?

—¡Oh, abuela mía! ¡que soy demasiado dichosa!—exclamó Julia sofocada por las lágrimas.—¡Será posible que os vea á todos reunidos! ¡pasaremos las noches aquí en esta habitación! ¡No más separación! ¡no más viajes! ¡no más pesares!

—Y Jorge, á quien olvidas, ¿crees que tu madre le aceptará por hijo?

—¡Oh! podéis ¿dudarlo?—exclamó Julia ingenuamente.

.....  
¿Por qué argumentos persuadió León á su mujer?

El nombre de Julia bastó quizás; quizás

también la vista de su marido le trajo á la memoria los recuerdos de los primeros hermosos días de su unión. Carolina era aún joven, pues se había casado niña; la elegancia, la distinción, la gracia, la hermosura delicada que tan admirable la hacían, vivían aún en toda su persona y le daban encanto indecible; el pasado se perdió en el olvido y confiada en el porvenir, puso su linda mano en la de su marido y le dijo con ternura:

—¡Ahora es para siempre!

La obra de reconciliación en la cual Julia, niña todavía había trabajado, y por la que había orado tanto, daba sus frutos dulces, aunque por largo tiempo esperados; hay también hermosos días aquí, en este mundo.

Nada podrá pintar la dicha profunda de Julia cuando vió entrar juntos á su padre y á su madre en la casa conyugal, seguidos de Jorge, que la dirigió una mirada llena de felicidad y de alegría.

Juntos fueron todos á la habitación de madama de Villiers; ésta, muy conmovida, se adelantó hacia la esposa de su hijo, y dijo con voz cariñosa:

—¡Mi querida Carolina, abrazadme y sed bienvenida, mil veces bienvenida!

Carolina se arrojó en sus brazos; Julia las enlazó á entrambas y gritó con su alegría de niña:

—¡Mis dos mamás! ¡oh, qué dicha!

—He aquí las llaves de la casa,—continuó madama de Villiers,—os confío el cuidado de todo, mi querida Carolina; solo os

pido una pequeña parte de vuestro tiempo y de vuestro afecto.

—¡Oh, madre mía!—exclamó Carolina conmovida por tan noble recibimiento y apoyando su rubia y bella cabeza en el hombro de madama de Villiers,—madre mía, yo os amo ahora también y mi más dulce ocupación será la de distraeros y acompañeros. ¡Ah! ¿por qué no nos hemos comprendido más pronto?

—Ya no os quejaréis más de vuestro aislamiento, querida mamá,—dijo alegremente León; ya están á vuestro lado mi Carolina, nuestra Julia, Jorge nuestro amigo y la amable señorita de la Rochette, con quien os entenderéis á las mil maravillas.

—Sí,—dijo madama de Villiers;—las que han amado y educado como lo está á nuestra Julia, son muy queridas para mí: ¿dónde están mi niña y mi hijo Jorge?

Ambos jóvenes se acercaron á la abuela; ésta puso la mano de su nieta en la de Jorge, y dijo á éste:

—Sus padres, su aya y yo os la damos, hijo mío; ¡cuantos la amamos en el mundo, os confiamos su suerte! ¡es nuestro tesoro... hacedla feliz!

—¿Jamás nos separaréis de ella, no es cierto, hijo mío?—preguntó Carolina abrazando á Jorge.

—¡Jamás!—respondió el joven,—¿sería posible separar á Julia de sus padres.

.....  
Julia se halla casada hace ya muchos

años, y su dulce influencia no ha cesado de brillar en el hogar doméstico.

Su padre y su madre son dichosos, y solo sienten una cosa: haber dejado perder tantos años, que hubieran podido ser dulces y sonrientes.

Su abuela tiene una dulce vejez; está unida á la señorita Esther por una profunda amistad; se ve juntas á las dos ancianas en la iglesia y en el paseo, llevando con ellas á los hermosos hijos de Jorge y de Julia, porque tres generaciones viven hoy en la gran casa de Caen, y viven en la más perfecta y dulce armonía.

Esta es la obra de Julia.

FIN

FANY KENDAL